



Ernest Mandel

La economía en el período de transición

Titulo de la edición original:

'Key problems of de transition from Capitalism to Socialism'

Pathfinder Press

New York, 1969

'Problemas básicos de la transición del capitalismo al socialismo'

Publicado por EDITORIAL ANAGRAMA

Barcelona 1975

ERNEST MANDEL

La economía en el periodo de transición

Exceptuando unas pocas observaciones generales diseminadas en *La ideología alemana*, *El Capital*, *La crítica al programa de Gotha* y su correspondencia, Marx y Engels no desarrollaron ninguna visión sistemática acerca de la organización de la economía que seguiría inmediatamente al derrocamiento del capitalismo. Ello no fue una omisión accidental sino una abstención deliberada. Los fundadores del materialismo histórico creyeron que no era tarea suya formular un esquema confeccionado de la sociedad futura porque tal sociedad sólo podría ser el resultado concreto de las condiciones en que apareciera (1).

Aunque la actitud de Marx y Engels es comprensible, no podemos evitar lamentarla. Por razones bien comprensibles la caída del capitalismo se inició en países relativamente atrasados en su desarrollo industrial y capitalista, a pesar de que Marx predijo que la transición al socialismo resultaría del desarrollo capitalista más avanzado y en varios países clave al mismo tiempo. Bajo estas especiales condiciones, la llegada de una nueva sociedad ha sustituido un conflicto por otro. Se ha sustituido el conflicto entre relaciones de producción capitalista y las fuerzas productivas, cuya expansión impiden por un conflicto entre un modo de producción más avanzado y un desarrollo de las fuerzas productivas que no corresponde todavía a las necesidades de esta progresiva base económica. En lugar de concentrarse en un proceso de creación de nuevas relaciones de producción y nuevas normas de distribución, los líderes de las sociedades en transición han tenido que centrar sus esfuerzos en expandir ellos mismos las fuerzas productivas. La deformación burocrática y degeneración de la sociedad de transición, como resultado del aislamiento de la revolución en uno o varios países relativamente atrasados, han agrandado ya estas nuevas contradicciones que Marx sólo pudo percibir oscuramente (2).

De acuerdo con el método que Marx aplicó al estudio del modo de reproducción capitalista, sólo sería posible un análisis sistemático de las características generales del período de transición con la aparición de esta economía en su forma avanzada y estable (3). Es poco probable que la historia futura considere la actual economía de la URSS como esta forma, por no mencionar los otros países con una base económica socialista. Parece realmente posible extraer algunas conclusiones económicas de la rica y variada experiencia de todos estos países. Sin embargo sistematizar estas experiencias en la forma de una teoría económica general del período de transición parece prematuro, sino imposible, tanto por la ausencia de formas más maduras de esta economía cuanto por la dificultad de diferenciar lo que es peculiar al *contexto específico* de su nacimiento en unas circunstancias de retraso de lo que corresponde a su *mas profunda naturaleza histórica*.

Cualquier intento de formular una teoría económica del modo de producción capitalista sobre las bases de las manufacturas inglesa y alemana del siglo XVII estaba, de la misma forma, condenada a un cierto fracaso. Son bien conocidos los contratiempos de los fisiócratas, que buscaron formular una teoría económica general basada en la realidad de una Francia esencialmente agrícola, aunque esta agricultura sirvió como base para un capitalismo industrial, comercial y financiero ya avanzado.

Pero la falta de una teoría económica general del período de transición (hasta el momento en que el derrumbe del capitalismo en varios países industriales avanzados haga posible observar el funcionamiento de una economía de este tipo social de la necesidad de llevar a cabo una acumulación socialista primitiva) (4) un análisis más sistemático de las principales experiencias de construcción económica en los países no capitalistas es útil y necesario. Es útil porque nos ayuda a orientar políticamente a las fuerzas revolucionarias que se enfrentan ya con fenómenos similares o lo harán mañana. Es necesario porque nos permite realizar una crítica marxista de este nuevo capítulo de la historia económica libre de aspectos coyunturales y polémicas faccionales.

Pueden formularse un cierto número de problemas objetivos y opciones clave que definen ampliamente la dinámica económica y social de la época de transición del capitalismo al socialismo en los países menos desarrollados.

1. Socialismo en un solo país o revolución permanente

El primer problema objetivo fue el crucial dilema histórico que afrontaron los bolcheviques tras la recesión (que empezó en 1921 o 1923) de la primera ola revolucionaria internacional. La alternativa ante ellos debe formularse correctamente porque la falsificación estalinista ha creado una gran confusión, extendiéndose en este aspecto a anti-estalinistas aparentemente amargos.

Desde luego, siempre ha existido variantes ultra izquierdistas del fatalismo, de un determinismo económico mecanicista con origen en Kautsky, para los cuales la recesión (sino la derrota) de la revolución mundial significaba inevitablemente una vuelta al capitalismo (privado o de estado) en la Rusia soviética (5).

A sus ojos la imposibilidad de *completar* la construcción del socialismo en un país se torna imposibilidad para *comenzarlo*. Los que sostienen esta teoría no se han distinguido desde entonces por ninguna capacidad especial para explicar satisfactoriamente a dinámica y contradicciones peculiares a la economía soviética (que intentan reducir en vano a las contradicciones básicas del modo de producción capitalista) o, sobre todo, para integrar este análisis en una visión general de la lucha de clases a nivel mundial. Si se empieza con la absurda premisa de que la victoria de la revolución China fue un triunfo para el capitalismo o que la guerra de Vietnam es un “conflicto entre potencias imperialistas”, es difícil comprender lo que ha estado ocurriendo en el mundo durante veinte años.

En ningún momento compartió esta visión la oposición de izquierdas en el seno del PCUS, por no hablar ya de la oposición internacional de izquierdas o el movimiento trotskista mundial que procedió de ella. Para ellos la lucha contra el mito de la posibilidad de completar la construcción de una economía socialista en un solo país era precisamente la lucha contra todas las distorsiones fatalistas y mecanicistas del marxismo. Entendieron que, en última instancia, era la lucha de fuerzas sociales antagónicas la que decidiría los problemas planteados por el aislamiento del primer estado de los trabajadores. Por esta razón, aquellos que se opusieron al mito estalinista del “socialismo en un solo país” fueron los primeros en adelantar un programa económico de industrialización acelerada y colectivización progresiva de la economía soviética (6).

No existía contradicción entre su lucha por mantenerle estado soviético y la Internacional Comunista que debía retrasar el progreso de la revolución mundial (por consejo táctico incorrecto, estrategias equivocadas, o la inadmisibles subordinación de las políticas de los partidos comunistas a las cambiantes necesidades de la diplomacia soviética) y su resuelto deseo de empezar la construcción de una economía socialista en la URSS. Por el contrario, éstos eran solamente dos aspectos de la misma estrategia básica. Comprendiendo que era inevitable un conflicto entre las fuerzas socialistas y capitalistas tanto dentro de la Unión Soviética como en el extranjero, la oposición de izquierdas buscó la creación de condiciones favorables como fuera posible para esta lucha, aumentándole peso específico de las fuerzas proletarias dentro de la URSS e internacionalmente.

El veredicto de la historia ha probado que tenían razón. Las tesis de que maniobrando entre las clases pueden conjurarse permanentemente la aparición de la inevitable lucha entre fuerzas sociales antagónicas no ha sido corroborada por la experiencia. Tanto el conflicto de los kulaks como con el imperialismo eran inevitables. Todo lo que la política ecléctica u miope de la facción de Stalin hizo fue crear las condiciones para que estos conflictos pudieran irrumpir por sorpresa, donde las advertencias que aquellos que los precedían no fueran oídas y donde las medidas destinadas a conseguir las mejores posiciones estratégicas para introducirse en ellos no fueron tomadas a tiempo (7).

Desde un punto de vista histórico, los problemas de la construcción del socialismo sólo serán resueltos por la revolución mundial. Solamente en este contexto se superarán definitivamente las desproporciones, las distorsiones y las contradicciones más extremas. Sin embargo, mientras se

espera la victoria de esta revolución (que el proletariado victorioso tiene todo el interés en acelerar por todos los medios que realmente conduzcan a ese fin) el aislado estado de los trabajadores no puede contentarse con dirigir sus asuntos económicos corrientes de forma provisional, en espera de un cambio en la situación internacional. Debe emprender la tarea de construcción del socialismo, aunque solo sea porque este es el único camino que existe para reducir la influencia de las fuerzas burguesas y pequeño burguesas dentro de su propia sociedad.

La respuesta que la teoría de la revolución permanente proporciona a la pregunta de que debe hacerse en el supuesto de una victoria aislada de la revolución socialista en un país o en un grupo de países atrasados es por tanto la combinación de varios elementos. Sus tres componentes principales son: **promover la extensión de la revolución mundial, iniciar la construcción de una economía socialista y desarrollar una democracia socialista.**

2. La supervivencia y desaparición de las categorías de mercado

■ nmediatamente después de la victoria de la revolución de octubre y especialmente en el periodo del comunismo de guerra, los teóricos comunistas contemplaron la desaparición de una economía socialista principalmente en los términos de una desaparición inmediata y general de la economía monetaria y de mercado. En Alemania, varios economistas sostuvieron posiciones análogas sobre como llevar a cabo la socialización de la economía. Debates que coincidieron con las fases iniciales de la revolución alemana (sobre todo con la aparición de la República Soviética de Baviera) (8).

Sin embargo, el consenso teórico cambió con el inicio de la Nueva Política Económica, menos con el propósito de justificar el nuevo viraje táctico que por una mayor comprensión de la realidad y una vuelta a la tradición marxista en este aspecto (9). Parecía que particularmente en las relaciones entre agricultura (esencialmente privada o cooperativa) e industria, así como entre trabajadores y estado, el mantenimiento de las relaciones monetarias y del mercado se adaptaba mejor a la maximalización del crecimiento económico y ala mejor defensa de los trabajadores como consumidores.

Las fuentes objetivas y explicación teórica de estas lecciones inmediatas de la experiencia no fueron claramente percibidas por la participación en los debates económicos soviéticos de los años veinte. Tras la victoria definitiva de la facción de Stalin, el estudio teórico objetivo fue substituido, en todos los aspectos, por un pragmatismo apologético totalmente desprovisto de valor científico. Fue así como las conocidas formulas estalinistas llegaron a afirmar que "la ley del valor es una ley objetiva e inexorable en la sociedad socialista" y que continua siendo válida como resultado de la existencia de "dos diferentes formas de propiedad: propiedad nacionalizada y propiedad d grupo". Apenas resulta necesario destacar que estas explicaciones tienen poco en común con la teoría marxista (10).

Hoy podemos entender mejor que la supervivencia de la categoría de mercado en el periodo de transición del capitalismo al socialismo se debe principalmente al desarrollo inadecuado de las fuerzas productivas, que no permiten una distribución física de todos los bienes producidos según la cantidad de trabajo suministrada por cada productor. La oferta inadecuada de valores de uso mantiene vigente la ley del valor de cambio, en la medida en que fuerza a cada productor a retener la propiedad privada de su fuerza de trabajo y cambiarla por un salario que constituye un certificado para la apropiación estrictamente limitada, pero **indiferenciada**, de la masa total de bienes y servicios producidos por la sociedad. La eliminación del carácter de mercancía de los bienes de consumo significaría un substitución de este salario por **raciones físicas limitadas**. Esto conduciría inevitablemente a un resurgimiento del intercambio (primero de los mismos productos y posteriormente de los resguardos de las raciones), puesto que no cubrirían completamente las necesidades y porque estas necesidades difieren en intensidad según los individuos. En estas condiciones, el mantenimiento del estándar monetario permite utilizar un instrumento de cuenta y distribución que es a la vez más flexible, más equitativo y más propenso a respetar las decisiones autónomas de los trabajadores en el campo del consumo (11).

Si auténticas relaciones de mercado, basadas en un intercambio real que implica un intercambio en la propiedad, gobiernan así la reproducción de la fuerza de trabajo en la esfera del consumo (12), el uso de medidas monetarias en las relaciones entre empresas de propiedad pública sólo adopta la **forma** de mercado sin implicar auténticas relaciones de mercado. Dado que el coste de producción y coste ventas de los bienes de consumo se calculan en términos de dinero, resulta más sencillo efectuar los mismos cálculos también para los bienes de producción. Los costes de producción de estos bienes pueden, obviamente, ser calculados en horas-hombre de trabajo, pudiendo utilizarse tablas de conversión entre estas horas-hombre de trabajo y el estándar monetario para evaluar el **input** de materias primas y maquinaria en el coste de producción de bienes de consumo. Sin embargo, este método complicaría innecesariamente las operaciones contables sin alterar de forma alguna la realidad del proceso de producción o de circulación de los medios de producción y consumo en el país.

Por tanto, la supervivencia de las categorías monetaria y de mercado parece ser inevitable en el período de transición del capitalismo al socialismo. Pero su supervivencia ocasiona una serie de consecuencias económicas y sociales que entran en contradicción con los imperativos de una sociedad que está construyendo el socialismo. Más adelante examinaré la importancia de esta supervivencia para la planificación social. En este punto permítaseme mencionar los aspectos sociales más importantes. La supervivencia de la economía monetaria y de mercado mantiene las antiguas formas de alienación originando, además otras nuevas (13). Las relaciones monetarias y de mercado son una de las principales fuentes de peligro de burocratización del estado y la sociedad. Al continuar vigentes en el núcleo de la vida cotidiana, la inclinación a defender **intereses privados** alienta también la persistencia y resurgimiento de una tendencia hacia el **enriquecimiento** privado, etc.

Es razonamiento mecanicista, no dialéctico, afirmar que dado que la supervivencia de las categorías de mercado se debe en última instancia a un desarrollo inadecuado de las fuerzas productivas, éstas deben ser en primer lugar desarrolladas al máximo (aún a costa de estimular móviles no socialistas) para que, posteriormente, una vez exista abundancia, se pueda desencadenar una lucha generalizada contra el egoísmo individual.

Pero es imposible separar de esta forma procesos económicos y sociales que deben ser **combinados** para producir una genuina sociedad socialista. No me detendré aquí a discutir la hipótesis, en modo alguno comprobada, de que los “incentivos materiales” y los “mecanismos de mercado”, por sí solos, posibilitan la maximización de la producción y del crecimiento. Debe enfatizarse, sin embargo, que no existe razón alguna para anticipar que el desarrollo de las fuerzas productivas facilitará automáticamente la lucha contra el egoísmo individual, al contrario, es más lógico suponer que el hecho de basar la gestión económica en el interés privado durante décadas creará una pauta de comportamiento social totalmente desequilibrada, la cual se acentuará cuando se alcance el mayor nivel de desarrollo productivo. La experiencia económica y social de la URSS, Alemania del Este y Checoslovaquia durante estos últimos quince años confirma esta suposición.

La dialéctica marxista requiere, por tanto, de una política económica que no ceda mucho a un pragmatismo miope, debe combinar continuamente una tendencia a conservar las categorías de mercado mientras sean necesarias con otra a estimular su desaparición tanto como sea posible. La desaparición de estas categorías no debe ser concebida como el resultado de un “acto aislado” de la sociedad sino como una tendencia progresiva, que debe iniciarse muy tempranamente e irse expandiendo conforme aumentan los recursos materiales e intelectuales. He analizado en otro lugar las condiciones económicas que posibilitan ese proceso de debilitamiento de las categorías de mercado (14). No es necesario decir, que este proceso viene guiado por una selección de prioridades (necesidades sociales sin consideración de esfuerzo individual o productividad), y esta selección debe ser democráticamente consensuada por la masa de población trabajadora.

Solo combinando así la utilización de las categorías de mercado con la promoción de su desaparición se aplica efectivamente la dialéctica de fines y medios. De esta forma, el **hábito práctico** de relaciones socialistas (sin las cuales la creación de una nueva sociedad aparece como utopía) se produce gradualmente.

3. La planificación socialista y la ley del valor

Ninguna forma de sociedad puede, realmente, impedir que el tiempo de trabajo a disposición de la sociedad regule la producción de una u otra forma. Hasta ahora, sin embargo, como tal regulación se consigue no por el control directo y consciente de la sociedad sobre su tiempo de trabajo (lo cual sólo es posible con propiedad colectiva) sino por el movimiento de los precios de las mercancías, las cosas permanecen como usted las ha descrito ya idóneamente en *Deutsch-Französischer Jahrbücher...*” escribió Marx a Engels el 8 de enero de 1868 (15). Esta es, brevemente la contradicción fundamental entre una economía dirigida por un plan consciente y una economía regida por la ley del valor.

Una economía regida por la ley del valor es una economía en la cual la producción, y por tanto la inversión, es guiada por la **demanda efectiva**. Lo que opera aquí en primer lugar no es la diferencia en intensidad de las distintas necesidades de individuos diferentes. Lo que es decisivo es la diferencia de rentas. Así la producción se dirige en primer lugar hacia la satisfacción de las necesidades de los estratos privilegiados. Se estimula la producción de bienes de lujo antes que las necesidades básicas de la población estén satisfechas. Los alquileres de las viviendas modernas se dejan a la ley del mercado de forma que sólo son accesibles para los estratos de renta más alta.

El consumo público (educación, sanidad, ciertos servicios), dado que es “no lucrativo” de acuerdo con las leyes del mercado que operan al nivel de *empresas aisladas*, se sacrifican sistemáticamente por el más lucrativo consumo individual. En el consumo individual encontramos la forma de mercancías producidas para ser vendidas como beneficio. Es obvio que una economía regulada de esta manera se separa del socialismo en vez de acercarse a él, aunque ello posibilitara aumentar a tasa de crecimiento de la economía. La producción regida por las leyes de mercado junto con la descentralización en la inversión reproduce progresivamente las características fluctuaciones económicas de la economía capitalista, con fases de subinversión, desempleo periódico, sobreproducción, etc., etc.

Una economía gobernada por un plan implica, por el contrario, que los recursos relativamente escasos de la sociedad no se repartan ciegamente (a espaldas de los productores-consumidores) según el juego de la ley del valor, sino que son conscientemente asignados de acuerdo con prioridades previamente establecidas.

En una economía de transición en la que prevalezca la democracia socialista, la masa del pueblo trabajadora determina democráticamente esta elección de prioridades. Tal selección deliberada de prioridades es la única manera de iniciar el proceso de eliminación de la condición proletaria y la alienación de los trabajadores. Este proceso es irrealizable tanto bajo la dirección de una burocracia omnipresente y despótica (la URSS estalinista), como bajo el gobierno de un mercado cada vez más predominante (Yugoslavia). Una combinación de despotismo burocrático y anarquía de mercado no puede, bajo ningún concepto, ser considerada como una alternativa válida.

Una selección consciente y deliberada de prioridades no significa que la contabilidad económica sea “ignorada” o menospreciada. Significa solamente que 1) esta contabilidad se basa en los costes de producción científicamente establecidos y no en los precios de venta, 2) estos costes se integran en un esquema general de relaciones económicas donde ningún elemento es omitido (16), 3) no guían automáticamente las inversiones.

Hablando estrictamente, los costes pueden determinar la selección de las inversiones solamente en el caso de que **no varíen los restantes factores**, para utilizar la forma de los economistas neoclásicos, aunque casi nunca sucede.

En realidad, lejos de promover la racionalidad económica, esta confusión entre la **ley del valor** y el **calculo del coste económico** (que conduce a postular absurdamente una economía de mercado socialista, actualmente en boga en la Europa del este y la URSS) (17) la aleja cada vez más de la racionalidad económica y tiende a combinar los males de la economía de mercado con los de la arbitrariedad burocrática. Ninguna economía con una base socialista puede tolerar un predominio *total* de la ley del valor En todas partes, y también en Yugoslavia, los gobiernos siguen imponiendo

los precios o influyendo, más o menos decisivamente en su formación. En ningún lugar son los precios de venta precios **económicamente reales**. Una sucesión de distorsiones se sigue de esto, cada nueva reforma modifica o atenúa sin ser capaz de eliminar. Y lo que es más importante, como resultado de estas distorsiones la realidad económica pierde su inteligibilidad y se hace casi imposible calcular los costes reales de producción. Para eliminar estas dificultades es necesario, en primer lugar, instituir un sistema de doble contabilidad en todos los niveles que separará los costes reales de producción de los costes monetarios basados en precios de compra y venta más o menos arbitrarios. Esta es la principal condición para que las autoridades centrales y todavía más importante, los colectivos de trabajadores de las empresas sean capaces de adoptar decisiones *con conocimiento de causa*, esto es, con el mínimo de información indispensable a su alcance.

En sentido histórico, existe una contradicción básica entre el principio de planificación y la ley del valor. A Preobrajenski corresponde el honor de haber sido el primero en clarificar esta contradicción y haber sido el primero en clarificar esta contradicción y haber formulado la ley económica fundamental de la época de transición del capitalismo al socialismo, que es la de la sustitución progresiva del principio del mercado por el de planificación (18). La idea de que esta sustitución debe ser un proceso progresivo implica además que la ley del valor no puede ser **eliminada** de un solo golpe en la sociedad de transición del capitalismo al socialismo, como tampoco puede serlo la producción de mercancías (19). Sigue rigiendo en gran parte, pero no completa y automáticamente, la pequeña producción de mercancías en la agricultura y en los oficios. Continúa por tanto influyendo, pero no rigiendo en exclusiva, los intercambios entre los sectores público y privado. Influye, de la misma forma, la asignación del total de recursos destinados a la producción de bienes reconsumo entre las diversas ramas que destinan su producción al **consumidor final**.

En este sentido, pero solo en este sentido, puede decirse que el plan puede **utilizar la ley del valor** (mas exactamente los mecanismos de mercado) para facilitar una adaptación mas rápida y precisa de la oferta de bienes de consumo a la demanda, que tendrá en consideración la elasticidad de esta demanda tanto con relación a las rentas (y su estructura) como a los precios (que el plan puede tener la capacidad de modificar). Este es el núcleo racional de las reformas de Liberman que actualmente se están aplicando en la URSS.

Los mecanismos de mercado no son, sin embargo, los únicos o ni siquiera los principales instrumentos que el plan puede utilizar para conseguir sus objetivos. Cálculos económicos matemáticos (29), consulta directa a los consumidores, discusión en asambleas populares pueden ser utilizadas para la idéntica finalidad de equilibrar la oferta y la demanda. Las discusiones tienen la doble ventaja de hacer posible una representación más exacta y democrática d los deseos de los ciudadanos y de efectuar los ajustes económicos a **priori** en lugar de a **posteriori**, lo que disminuye considerablemente desperdicios y gastos generales.

4. Planificación rígida o planificación flexible

Estrechamente vinculada al problema de la relación recíproca entre el plan y el mercado está la cuestión de las formas y métodos de planificación: rígida o flexible, centralizada o descentralizada. Los debates sobre el tema se han visto muy influidos y oscurecidos por su habitual referencia inicial, el modelo estalinista de planificación, ultra detallado y ultra centralizado (21).

Los males de este modelo son innumerables, y ya hablé de ellos en un tiempo en que no estaban de moda en los círculos comunistas oficiales exponerlos a la mofa pública (23). Además, no necesitamos aceptar la tesis de que este modelo se adecuaba al periodo de industrialización **extensiva** pero que su utilidad terminó cuando se hizo necesario virar hacia la industrialización **intensiva**. Aun antes de la segunda guerra mundial, por no mencionar la primera década de posguerra, la multiplicación de normas cada vez más explícitas, y aún mas contradictorias de producción física, costes monetarios, calidad, economía de materias primas, salario total, número de horas hombre, tipo y magnitud de la producción impuesta a las empresas, tendieron a crear un desorden generalizado. Los principales objetivos del plan (que en aquel tiempo eran cifras de producción) sólo podían conseguirse violando las otras normas, esto es, mediante una completa negación del plan (mercado negro para la compra de materias primas, reclutamiento de fueras de

trabajo adicional, aparición de intermediarios ilegales, etc.) Este tipo de gestión económica produjo un despilfarro considerable.

Este modelo estalinista no fue simplemente el resultado de la inexperiencia, de errores de análisis en teoría y práctica o de vacíos conceptuales. Tampoco fue el reflejo automático o inevitable de la pobreza del país o del insuficiente desarrollo de las fuerzas productivas. Reflejó, más bien, una cierta estructura social del poder del estado en la Unión Soviética. En última instancia, el modelo estalinista de planificación ultra centralizada y detallada no convino ni a las necesidades de la acumulación socialista primitiva ni a los intereses de la Unión Soviética como gran estado. Se acomodó a las necesidades de una casta burocrática privilegiada y de un modelo de “dirección” política que temió y desalentó sistemáticamente cualquier espíritu crítico, cualquier iniciativa o discusión democrática y que únicamente intentó destacar las virtudes de la obediencia mecánica y del servilismo de la base a la cima de la jerarquía burocrática y la arrogancia arbitraria desde la cúspide hacia abajo

No se vio la necesidad de modificar este modelo de planificación cuando dejó de producir en el sentido absoluto de la palabra, sino cuando agotó su utilidad desde el punto de vista de la burocracia. Las sucesivas reformas de este modelo (primero bajo Khrushchev y después bajo la égida de Liberman en la URSS y las diferentes variaciones en Polonia, Alemania del Este, Hungría, Checoslovaquia, Bulgaria, etc.) han tendido a sustituir las órdenes desde arriba por **mecanismos económicos automáticos o “reflejos condicionados”**. Esto ha motivado un ensanchamiento de la base del régimen dentro de la burocracia (la sustitución de una burocracia política del partido por una burocracia tecnocrática y económica) pero no entre el pueblo.

Tan pronto como el problema se ve desde el punto de vista de la democracia socialista de trabajadores funcionando eficientemente, el dilema en que quedan atrapados la mayoría de los “reformadores” del Este y sus apologetas occidentales (y que se formula como sigue: o ultracentralización burocrática o mecanismos de mercado, u ordenes superiores arbitrarias o estímulo económico automático) está viciado ya desde su base. Desde el punto de vista de la masa de trabajadores, los sacrificios impuestos por la arbitrariedad burocrática no son ni más ni menos “aceptables” que los sacrificios impuestos por los ciegos mecanismos de mercado. Ambos representan únicamente dos formas diferentes de la misma alineación. Aun cuando ciertos sacrificios son objetivamente inevitables, solo pierden su filo mas amargo cuando son el resultado de un debate libre y del voto de la mayoría, esto es, **cuando son libremente consentidos por el proletariado como un todo**(23).

Así pues, la respuesta a este falso dilema no consiste en la planificación ultracentralizada y ultra detallada del modelo de Stalin, ni la planificación demasiado flexible, demasiado descentralizada, según las líneas del nuevo sistema yugoslavo, sino en una planificación central democrática bajo un congreso nacional de consejos obreros constituido en gran parte por auténticos trabajadores (24). Este congreso escogería entre diferentes variantes de la planificación y la mayor parte de sus debates serían públicos y n presencia de una oposición. Las autoridades planificadoras se hallarían estrictamente subordinadas al mismo. Y el congreso tendría el derecho a anular, tras una discusión libre, cualquier decisión tomada por una empresa que hiciera peligrar la cohesión interna o la ejecución del plan.

En estas condiciones, el plan abandonaría completamente las ordenes *detalladas* alas empresas, tan queridas por Stalin, pero recíprocamente, dejaría de recurrir a los **incentivos materiales y mecanismos financieros** para llevar a cabo lo sustancial de sus objetivos. Las grandes inversiones, generalmente, continuarían decidiéndose centralmente, según un orden de prioridades democráticamente elaborado. Solamente las reparaciones y **pequeñas inversiones** caerían dentro de las competencias de las empresas. La rentabilidad de las empresas se promovería menos por la búsqueda de beneficios en ventas que por un esfuerzo para disminuir costes sin reducir la calidad. La supervisión de los colectivos de trabajadores reemplazaría a la supervisión mediante índices o **inspectores** enviados desde arriba. Los colectivos de trabajadores tendrían un interés material en los resultados obtenidos por las empresas, pero sólo dentro de ciertos límites, para no acentuar las diferencias de renta entre la clase trabajadora. Se alentaría la iniciativa de los trabajadores mediante su libre asociación en la toma de decisiones **a todos los niveles** (con mayor importancia

en el nivel político) mas que participando tediosamente en los cálculos de los detalles, lo que a largo plazo resulta desmoralizador (porque da la impresión de discusión vacía, ya que los resultados dependen casi siempre de una serie de factores sobre los cuales las partes interesadas no tienen, frecuentemente, ningún tipo de control).

5. Inversiones y consumo

La fuente objetiva de todos los problemas particulares y contradicciones con que se han tenido que enfrentar los países que han abolido el capitalismo desde 1917 radica últimamente en su necesidad de llevar a cabo simultáneamente la “acumulación socialista primitiva” y la construcción de una nueva sociedad. Esta necesidad resulta del aislamiento temporal de la revolución en una parte relativamente atrasada del mundo.

Sin embargo, esta combinación es en si misma inevitable en la medida en que precede al derrocamiento del capitalismo en los países industriales avanzados, de ninguna forma se sigue que un descanso en el nivel de vida de las masas o la restricción extrema de mejoras en el consumo privado sean también inevitables en la fase de transición del capitalismo al socialismo, aún en países relativamente atrasados. De hecho, la coincidencia de estos fenómenos con el inicio de la construcción del socialismo en la URSS y Europa del Este, que fue el resultado de la política socioeconómica peculiar del stalinismo, causó a nivel de vida poco sugerente junto con, frecuentemente, exorbitantes privilegios para los gobernantes.

La política económica de la burocracia stalinista se fundaba en dos postulados: Que la máxima tasa de inversión aseguraba el crecimiento económico más rápido y que el crecimiento económico más rápido requería dar una prioridad absoluta a la industria pesada. Estos dos conceptos, sin embargo, no resisten el examen crítico desde el punto de vista teórico, en particular porque no consideran las repercusiones en la eficiencia y la productividad del trabajo de varios niveles dados de consumo de los trabajadores. Su aplicación en la práctica en la Unión Soviética y en varias de las llamadas repúblicas populares ha provocado numerosos errores de planificación, objetivos no satisfechos, y múltiples desproporciones, y (de esta forma) sacrificios innecesarios y evitables para los pueblos en cuestión. Los mismos o mejores resultados podrían haber sido obtenidos con tasas de acumulación más bajas compensadas por un incremento más rápido de la productividad debido a una subida mas pronunciada en el nivel de vida de los productores.

La teoría marxista y la experiencia práctica conducen así a conclusiones similares: los recursos disponibles no pueden ser divididos arbitrariamente entre inversiones y consumo en la hipótesis de que las tasas de crecimiento más altas resultaran las de mayor fondote acumulación. Surgen interacciones más complejas y sutiles, que pueden además calcularse teóricamente, entre la inversión y el consumo, de forma que el **óptimo** económico que produce el crecimiento más rápido y equilibrado nunca coincidirá con la tasa **máxima** de inversión

Lo que es cierto desde un punto de vista general, lo es todavía más para sectores particulares. A lo sumo, puede apelarse al espíritu de sacrificio de las masas con algún éxito, durante un cierto periodo, de cara a conseguir la aceptación de ciertas restricciones al consumo. Pero reducciones a largo plazo en el consumo alimenticio y periodos prolongados de escasez de viviendas en nuevos centros industriales provocan inexorablemente graves crisis sociales, con un efecto negativo en la tasa de crecimiento de la productividad del trabajo.

En realidad los postulados anteriormente mencionados solo son la racionalización hecha por los teóricos stalinistas de los graves errores políticos cometidos por la facción de Stalin en el PCUS y de sus consecuencias, esto es, el retraso del liderazgo soviético en impulsar una industrialización acelerada. Este retraso forzó a la burocracia a omitir estadios, esto es, a utilizar los recursos del fondo para consumo corriente para conseguir las bases de la industria pesada, en un período de cinco años, y aún de cuatro, en lugar de hacerlo en ocho o diez años(25). De esta forma, se incrementaron significativamente los sacrificios en el consumo impuesto a los productores, lo que a su vez originó un rendimiento de la inversión mucho mas bajo que el estimado.

Debe entenderse que la principal fuerza productiva para construir el socialismo es la fuerza productiva de individuos cada vez más cualificados y conscientes. Ahí radica el porqué todos los “costes de reproducción de la fuerza de trabajo” (tanto los fondos de consumo privado como los costes de educación, instrucción, cultura y el funcionamiento democrático del sistema económico y político) no pueden en forma alguna ser considerados como “perdidas” desde el punto de vista de la inversión o del crecimiento económico. Es más, desde el punto de vista socialista representan, en última instancia, la inversión más rentable.

6. Incentivos materiales y morales

El problema de la utilización de incentivos materiales y morales en la construcción del socialismo debe examinarse tanto desde los enfoques macro y micro económicos, como desde una posición que contemple lo mejor para la sociedad y para el individuo. Acabamos de ver que la tasa de crecimiento no puede ligarse solamente al fondo de inversión. El nivel absoluto de consumo de los productores así como la tasa a la que este nivel crece afecta, a su vez, al crecimiento económico. Esto significa que desde la óptica macroeconómica, la mejora regular en el nivel de vida de los productores es un “incentivo material” indispensable para la construcción del socialismo. Negarlo únicamente significa creer en el voluntarismo o preparar el terreno para serias dificultades.

Esta afirmación general, sin embargo, no permite una solución del problema, solo lo plantea. La dificultad real aparece al ir de este problema general hacia el específico del comportamiento de las diferentes clases, estratos sociales e individuos.

Otro punto, sin embargo, puede considerarse como dado. En lo que se refiere a la pequeña producción de mercancías (agricultura y oficios privados), existe poca posibilidad de aumentar el producto y, sobre todo, de mantener su incremento a largo plazo si ello no va acompañado por un aumento de la renta real.

Si el Estado o el mercado regulador absorben el producto adicional de los campesinos o los compensa con una cantidad creciente de billetes de banco por los cuales obtienen la misma cantidad de productos industriales (bienes de producción o consumo), tendrán que retroceder hacia una economía natural altamente cerrada (26). El aumento de la producción será más bien modesto y no contribuirá al crecimiento económico general, sino en grado mínimo.

¿Debe aplicarse la misma lógica a la productividad individual de los trabajadores?. Lo mínimo que puede decirse es que la experiencia histórica está lejos de ser concluyente en esta línea. De hecho, técnicas como el stajanovismo condujeron a la creación de una nueva división del trabajo dentro de la fuerza de trabajo, lo que aumentó la productividad de unos mediante la degradación de otros. Es improbable que, en general, la ventaja fuera muy grande, especialmente si se considera el descontento que tales formulas deben producir, inevitablemente en la clase trabajadora y su efecto negativo en la productividad del trabajo.

Esta misma observación puede aplicarse al trabajo a destajo y a todas las técnicas de intensificación del trabajo, como la aceleración, etc. Realmente, para que estas técnicas ayuden a incrementar la productividad (dejando a un lado ciertas formulas de conciliación inadmisibles en un país de base económica socialista) los “incentivos materiales” deben ser muy considerables. Sin embargo, estos incentivos son generalmente modestos, sino marginales. Para que el incremento de la productividad represente una ganancia neta, y no simplemente bruta, debe tenerse en cuénta el mayor desgaste de la fuerza de trabajo (incluyendo el coste adicional de accidentes, de que se producen enfermedades con mas frecuencia, subnutrición, etc.). En realidad la ganancia neta será poco importante, si es que llega a haberla por no decir nada sobre los efectos negativos que estas técnicas tienen en la unidad y combatividad del proletariado.

Por todas estas razones, las técnicas que aumentan la productividad mejorando el nivel técnico y la organización del trabajo, proporcionan en última instancia resultados mucho mejores que los obtenidos mediante técnicas para aumentar la productividad individual. Y tales técnicas no

necesitan recurrir a los incentivos materiales individuales, ya que a lo sumo son fomentadas con bonificaciones colectivas o participación en los resultados suplementarios obtenidos por la empresa. Tales tipos de incentivos tienen, además, la ventaja de fortalecer la cohesión y solidaridad interna de la clase trabajadora, en tanto se combate resueltamente el parroquianismo de la empresa.

Subsiste la necesidad evidente de promover la educación técnica y cultural de los trabajadores. Teóricamente, esta educación no debe ser origen de ventajas materiales una vez que la sociedad se ha hecho cargo de este gasto, que es satisfecho por la colectividad y no financiado por el mismo trabajador o su familia (27).

En la práctica la ausencia total de incentivos se volvería un incentivo negativo, aunque solo fuera por el trabajo y esfuerzo adicionales en el intento de conseguir una educación.

Así pues, puede considerarse justificada una bonificación por educación según la tradición leninista en la materia, siempre y cuando se sea consciente de que esta diferencia en la remuneración del trabajo sin cualificar y el trabajo cualificado, del manual y del intelectual, trae consigo ciertos peligros de degeneración para la sociedad en transición del capitalismo al socialismo (28). Deben ser adoptadas todas las medidas que ayuden a minimizar este peligro: estricta vigilancia de la regla que limita la renta de los funcionarios del estado y del partido a la de los trabajadores cualificados. Una proporción estrictamente limitada de los elementos mejor pagados en los cuerpos representativos. Respeto estricto al derecho del pueblo a criticar y mantener un control sobre estos elementos. Acceso de los trabajadores a todas las fuentes de información y medios de educación. Democracia socialista en la esfera política. Libertad de tendencias y de establecimiento de partidos basados en el socialismo. Libertad de discusión y de creación científica, artística y literaria, etc., etc.

Resalta la importancia de los “incentivos morales” ya que los “incentivos materiales” para los individuos, no son muy rentables económicamente en la gran industria y son socialmente conraindicados. Sin embargo, los “incentivos materiales”, esto es, la dedicación de las masas a la revolución, su entusiasmo creativo, su participación consciente en la construcción del socialismo, no pueden mantenerse a largo plazo salvo que vayan acompañadas de una administración del estado y de la economía basada en estas mismas masas. Faltando la participación de las masas en la discusión y toma de decisiones, existe el peligro de que los “incentivos morales” se reduzcan gradualmente a meras exhortaciones voluntaristas con un efecto cada vez menor en el esfuerzo productivo.

7. Liderazgo de un solo individuo o autogestión de los trabajadores.

En la era de Stalin, el principio del liderazgo del proceso productivo por un solo individuo (**edinonachalie**), por el que Lenin abogaba en circunstancias especiales y que en principio solo era aplicable a **procesos técnicos**, fue extendiéndose gradualmente a todos los problemas de gestión económica (29). Incluso el contrapeso de los sindicatos fue progresivamente eliminado, aunque existió incuestionablemente de hecho, ya que no por ley, hasta el comienzo de los planes quinquenales. Este postulado no ha sido puesto en tela de juicio en el período de Khrushchev ni en el período post-Khrushchev, a pesar de la desestabilización y del progresivo reforzamiento del derecho de consulta ejercido por los sindicatos en el interior de las empresas.

El sistema no se ajusta a la tradición marxista en la materia (30). Debe necesariamente originar, por un lado, una concepción de poder político y económico en las manos de la burocracia, y por otro, recíprocamente, una falta de interés por parte de los productores en el proceso productivo. Ello priva a la tarea de construcción del socialismo de sus ímpetus potencialmente más enérgicos.

Es indiscutible, por otra parte, que la necesidad de que los individuos se sometan a una autoridad central, como Engels resaltó, se confirma por la evolución tecnológica, tanto en grandes factorías como en la globalidad de la economía. No existe escapatoria, como no sea volviendo a la producción artesana individual o sometiéndose al predominio, muco mas alienante, de las fuerzas

ciegas del mercado. Sin embargo, la inevitable subordinación de los productores individuales a una autoridad conscientemente centralizadora no implica necesariamente burocratismo, autoritarismo o despotismo, si esta autoridad deja de ser designada desde arriba y pierde su carácter de inamovible, pasando a ser elegida y pudiendo ser destituida cuando los electores lo crean conveniente.

Aquellos críticos que cuestionan la posibilidad de esta afirmación, como señalado en otro sitio (31), confunden, en última instancia, las fuentes sociales del poder con las formas técnicas de su ejecución.

“Quienes controlan el producto social excedente controlan, en último término la sociedad entera”. Esta idea de Trotski, que tomó de Marx, implica que únicamente puede evitarse el control del estrato burocrático sobre la sociedad si el control del producto social excedente permanece firmemente, en las manos de los mismos productores. La elección y destitución del cuerpo dirigente de las empresas (el consejo de trabajadores) por todo el personal de la fábrica y la subordinación de todos los ejecutivos, técnicos y comerciales, a este cuerpo, son las claves de la auténtica autogestión obrera.

Sin embargo, el producto social excedente no aparece a nivel de empresa individual sino en la globalidad de la economía. Si los “productores asociados se niegan a ceder a las autoridades centrales una parte de su derecho a disponer del producto de su trabajo, en lugar de aumentar su libertad efectiva de toma de decisiones, la hacen disminuir. Actuando de tal guisa, ellos mismos se someterán a largo plazo a la tiranía ciega de las fuerzas espontáneas del mercado. En un análisis más profundo, el que los trabajadores deleguen el derecho a disponer del excedente en una autoridad central (el congreso de consejos obreros), elegida por los trabajadores, sobre la cual ejercen un control y cuya composición pueden alterar en el caso de que aparezcan signos inquietantes, salvaguarda y refuerza la autoridad decisoria de los obreros. Una cosa es el **derecho** del obrero a gestionar la empresa en la que trabaja y otra el **ejercicio efectivo** de este derecho. Este está siempre obstruido por reminiscencias del pasado: falta de cultura e instrucción, preocupaciones más importantes en otras áreas (principalmente la de asegurar la subsistencia diaria de la familia), falta de interés debido a la escasa conciencia, etc., etc.

Además, está frecuentemente bloqueado por la misma realidad socioeconómica del período de transición: información insuficiente, falta de contacto con los compañeros a nivel local, regional o nacional, límites impuestos a la libertad de inspección y discusión, la excesiva duración de la jornada laboral.

En última instancia son, de hecho, estos últimos factores los decisivos para la dirección del desarrollo. Cuando crece su papel de obstrucción, existe el peligro de que la autogestión obrera tienda a convertirse en una trampa. Conforme estos factores desaparecen, la autogestión adquiere una mayor entidad.

El factor clave es, incuestionablemente, la reducción radical de la jornada laboral que haría posible una división real, del día de cada trabajador entre actividades directamente productivas y de gestión social, en la amplia acepción del término. Es decir, no solo a nivel de empresa sino de comunidad, región, nación, tanto en la esfera propiamente productiva como en los más amplios dominios sociales, políticos y culturales. Esto por si sólo puede asegurar la integración progresiva de las funciones de producción y acumulación.

8. Agricultura privada y agricultura colectiva.

Es bien sabido que los clásicos marxistas se oponían a cualquier liquidación por la fuerza de la pequeña propiedad campesina. El pequeño campesino únicamente sería integrado en la economía socializada en el pleno convencimiento de sus ventajas (32).

Engels no supuso que el mantenimiento de un sector agrícola privado en una economía socializada creara ningún problema serio para la economía. Esto es debido a que el planteó este problema para países en los cuales la industria ya era capaz de suministrar al campo una creciente plétora de mercancías y donde este intercambio entre campo y ciudad no permitiría acumulación primitiva de capital privado en proporciones significativas, dado que la productividad del trabajo era mayor en la industria que en la agricultura.

La experiencia de la Unión Soviética y, posteriormente, de la mayoría de las llamadas repúblicas populares, y de de Yugoslavia y China, han demostrado que esta cuestión es mucho mas compleja en países relativamente subdesarrollados en los que el campesinado constituye la mayoría de la población. Esta experiencia confirma que cualquier intento de liquidar por la fuerza la pequeña propiedad campesina, bien de la tierra, bien de una parte importante de los productos del trabajo campesino, sólo puede tener efectos catastróficos en la producción agrícola. La caída de la producción agrícola en el período de colectivización forzosa de la URSS, y posteriormente, durante la segunda fase del gran salto adelante en China, demuestran la incapacidad de los estados de los trabajadores para **forzar** a millones de campesinos q que realicen un trabajo agrícola **eficiente** cuando en el mismo no se encuentran beneficio ni satisfacción. Se dieron experiencias análogas, aunque de alcance menos catastrófico, en varios países del Este en los años cincuenta, especialmente en Polonia y Hungría.

Sin embargo, la experiencia también ha demostrado que n intento de integrar una agricultura esencialmente privada en una economía esencialmente socializada de países subdesarrollados, crea inevitablemente tensiones crecientes y contradicciones que pueden amenazar los fundamentos mismos de la planificación y de la propiedad socializada. Estas experiencias del período de la Nueva Política Económica en la URSS han sido, desde entonces, ampliamente confirmadas en la Europa del Este, especialmente en Polonia.

Cuando toda la agricultura, o una gran parte de la misma, pertenece al sector privado y la industria socializada es todavía débil. El campesinado es decisivo para la alimentación de los trabajadores, ya que la economía es demasiado pobre como para suplir su trabajo por medio de las importaciones. No obstante, este campesinado no es homogéneo. Aún inmediatamente después de una reforma agraria igualitaria, tiende a diferenciarse rápidamente en campesinado rico, mediano y pobre. Los excedentes comercializables aparecen únicamente en las dos primeras categorías, y tales excedentes se concentran progresivamente en manos de los **kulaks** únicamente, quienes quieren vender lucrativamente este excedente. Si la industria es débil, abandonarse a esta tendencia implica transferir una porción creciente del producto social excedente de la acumulación socialista a la acumulación privada de capital (33). Resistir esta presión, en idénticas circunstancias, significa correr el riesgo de que se produzca una “huelga” de suministradores de grano, lo que significa el hambre para los trabajadores.

El punto de partida necesario para la solución de este problema es el reconocimiento del carácter heterogéneo del campesinado. Esta claro que en condiciones de incipiente industrialización el campesinado rico, e incluso parte del campesinado medio, no tiene interés alguno en renunciar a la propiedad privada de sus productos. Pero también esta claro que la creciente desigualdad entre los campesinos (que la producción privada origina rápida e inevitablemente) diferencia un estrato de campesinos pobres cuyas paupérrimas rentas no les estimula en modo alguno a permanecer a cualquier coste en un minifundio privado (por no decir nada de los obreros agrícolas de las grandes haciendas y plantaciones, que en casi todos los países subdesarrollados, están dispuestos inmediatamente después de la revolución socialista a poner en marcha la agricultura colectiva). Los estados de los trabajadores, deben, por tanto, dar prioridad a la organización de granjas cooperativas y/ o colectivas, a las cuales se incorporaran esencialmente los campesinos pobres y los obreros agrícolas. Desde el inicio estas granjas deben recibir inversiones y créditos que les

permita funcionar con una productividad del trabajo muy superior a la del sector privado. Deben ser capaces de garantizar rápidamente a sus miembros un nivel de vida y una comodidad superiores a los de los campesinos medios, e incluso a la de algunos campesinos ricos.

Tan solo laceración de tal sector (aún más minoritario y basado en la adhesión sincera y completamente voluntaria de un sector del campesinado) pondrá en marcha una serie de mecanismos que asegurarán la solución progresiva de las contradicciones entre agricultura privada y economía socializada. El abastecimiento de las ciudades se verá libre muy pronto del monopolio de los kulaks (34). La competencia entre los sectores colectivizado y privado de la agricultura frenará el alza constante de los precios de los productos agrícolas, a través de la cual los kulaks hubieran drenado una parte creciente del producto social excedente. El ejemplo de un nivel de productividad y vida más altos en las granjas cooperativas y colectivas atraerá una gradualmente una proporción creciente de campesinos medios al sector público. Esto impedirá que crezca la tensión social en el campo, con todas sus consecuencias negativas.

El error catastrófico cometido por la facción de Stalin en la URSS consistió en **retrasar** tanto la colectivización **progresiva** de la agricultura como la industrialización acelerada que debería haber creado la indispensable base mecánica para la colectivización agraria (35). La decisión de empezar a actuar frente a la amenaza de los kulaks fue precipitada y movida por el pánico, ya que no se había previsto el peligro. Este movimiento tomó la forma de una colectivización forzada en la cual los tractores y maquinaria agrícola ya existentes no fueron suficientes para asegurar la productividad más alta de los **koljoses** así creados. Este fue el origen de los catastróficos resultados de treinta años de política agrícola estalinista (36).

9. Autarquía y comercio con el mundo capitalista

Los dirigentes soviéticos no eligieron una vía de desarrollo de la economía esencialmente autárquica ni por un error teórico ni por una sobreestimación de los recursos económicos de la URSS. Este camino les parecía el único antes de la revolución en los países industrialmente avanzados. Dada la superioridad de la gran industria imperialista, ningún país relativamente subdesarrollado puede industrializar con éxito compitiendo en el mercado mundial. El monopolio de estado del comercio exterior es una barrera protectora indispensable que ha permitido a países como la URSS, Polonia, Yugoslavia y no digamos China, crear una elemental infraestructura industrial inicial.

No obstante, desarrollo protegido por el monopolio del comercio exterior y desarrollo completamente autárquico son dos nociones diferentes que no deben confundirse. El monopolio del comercio exterior debe proteger a la incipiente industria socialista contra la competencia de mercancías capitalistas más baratas. Pero su objetivo no es en absoluto el de reproducir en el interior de un estado de los trabajadores o de un grupo de estados que han abolido el capitalismo todas las ramas de la agricultura y la industria que existen en el resto del mundo. Tal empeño sería totalmente utópico. Entrar en esa vía sería imponer sacrificios adicionales, inútiles y evitables a los productores de países con una base económica socializada.

La orientación correcta es aquella que **calcula** de forma deliberada las ventajas y desventajas de las relaciones comerciales dadas con el mercado capitalista internacional, teniendo en cuenta ciertas prioridades claras: defensa, equipo industrial para lanzar la industrialización, instrumentos científicos, etc. Incluso el concepto de **pérdida** es relativo. Puede ser preferible exportar ciertas mercancías con pérdidas de cara a posibilitar la importación de otras al precio del mercado mundial, siempre que esta pérdida sea menor que la que resultaría del montaje de fábricas condenadas a operar con pérdidas durante un largo período de tiempo. Sin embargo, tal preferencia no estaría justificada cuando las mercancías exportadas con pérdida pudieran proporcionar la base para una industria manufacturera funcionando con **beneficio** tanto para la economía nacional como para el mercado internacional. Tampoco estaría justificada si la pérdida originada por esas exportaciones fuera mayor que aquella en que se incurriría mediante el establecimiento de nuevas factorías para fabricar productos a partir de las materias exportadas, que reemplazarían bienes previamente importados a altos costes.

Aún menos debe confundirse la **necesidad** de protección contra la competencia extranjera con el **ideal socialista** de autarquía. Esta necesidad persiste únicamente en tanto la productividad del trabajo, en los países que han abolido el capitalismo es menor, en líneas generales, que en los países imperialistas. Con el desarrollo de las fuerzas productivas y la extensión del área geográfica en la cual el capitalismo ha sido derrocado, van apareciendo más sectores cuyos productos cuestan menos en términos de gasto total del trabajo (con la misma calidad) que en algunos países imperialistas o incluso menos que en los países imperialistas más avanzados. A partir de ese momento, el comercio internacional con los países imperialistas, lejos de ser un mal necesario, se convierte en una bendición. A partir de entonces el mercado capitalista internacional se ve obligado a contribuir a la acumulación de aquellos países con una base económica socialista, por medio del comercio. Ya que, en estas condiciones de productividad socialista más alta, el intercambio de mercancías implica una transferencia de valor de los países imperialistas a los estados de los trabajadores.

Las ventajas de la división internacional del trabajo pueden ponerse al servicio de la construcción del socialismo, en primer lugar a través de una cierta especialización que capitaliza en los particulares recursos geográficos, climáticos o humanos de los países que han abolido el capitalismo. Conforme progresa la industrialización (incluyendo la de la agricultura) y se eleva el nivel de productividad en una serie de ramas de la economía socializada, los estados de los trabajadores pueden explotar más ventajas de la división internacional del trabajo, con independencia de sus recursos **naturales**. Entonces estas ventajas pueden ser explotadas de forma creciente como consecuencia de la superioridad tecnológica adquirida en esta o aquella área industrial sobre uno o más países imperialistas. El principio a través del cual puede conseguirse este objetivo es, en última instancia, muy sencillo: vender más barato que los competidores imperialistas, pero a costos más altos que los reales de producción.

La URSS y algunas de las repúblicas populares en particular (Alemania del Este y Checoslovaquia), por razón de su fuerte industrialización y su elevado nivel de desarrollo, se hallan en la actualidad en una posición tal que su nivel de productividad actual es mayor que la de los países subdesarrollados, que sólo pueden exportar materias primas. Comerciendo con los “países subdesarrollados” a **precios de mercado mundial** los explotan económicamente, esto es, drenan hacia su economía parte del trabajo allí gastado. Tal política es generalmente contraindicada por cuanto ayuda a consolidar el dominio imperialista en estos países a través de los **precios del mercado mundial**, e incluso ofrece una justificación de su explotación por el capital imperialista (37). Y se convierte en un auténtico escándalo cuando tal política se sigue contra otros países que han abolido el capitalismo.

10. Relaciones económicas entre estados de los trabajadores

La expansión, a partir de la segunda guerra mundial, del área geográfica en la cual el capitalismo ha sido derrocado, plantea un cierto número de problemas económicos concretos que sólo pudieron haber sido oscuramente percibidos por los teóricos marxistas en un período previo (38). El problema más arduo es el de determinar el grado deseable de autonomía nacional al fijar los objetivos del plan y el uso de los recursos nacionales.

Desde un punto de vista abstracto, puede considerarse que poner totalmente en común los recursos de todos los países que han abolido el capitalismo y formular un plan único de desarrollo para todos estos países, representa la solución más racional. Limita al máximo los gastos generales y la duplicidad, posibilitando la explotación del principio de una división internacional del trabajo. No obstante, dos argumentos contrapesan la adopción de este criterio.

En primer lugar, la explotación histórica de las pequeñas nacionalidades, así como de varias naciones más extensas por grandes potencias imperialistas ha producido en ellas una reacción de celosa vinculación a su independencia nacional y una desconfianza hacia **todas** las grandes potencias, incluyendo las que han abolido el capitalismo. Además, la opresión nacional sufrida por

varias de estas naciones bajo la burocracia soviética, sobre todo en la era de Stalin (39), ha reforzado más esta desconfianza. La integración económica total, de un sollo golpe, de todos los estados de los trabajadores, toparía con los sentimientos nacionales de estos pueblos, que no están dispuestos a hacer concesiones importantes de su soberanía. Este obstáculo solo puede ser ignorado a costa de graves conflictos políticos y sociales. Solo pueden superarse de forma positiva tras una fase de transición más bien larga, en la cual las nacionalidades en cuestión adquieran práctica de comportamiento totalmente altruista y fraternal por parte de los estados de los trabajadores industrialmente avanzados.

Además, poner totalmente en común los recursos de países de muy dispares niveles de desarrollo retardaría más que aceleraría el desarrollo global. Redistribuiría a favor de los países más atrasados recursos disponibles para el desarrollo de las industrias avanzadas y más adecuadas para proporcionar ímpetus al desarrollo tecnológico de las economías no capitalistas como un todo. Un reparto igualitario de los recursos con un país tan poblado como China, amenazaría con provocar una caída general en los niveles de vida de todos los otros países del campo socialista, y pronto tendría consecuencias adversas, tanto en los dominios políticos y sociales como en la misma esfera económica.

Sin embargo, a pesar de que no es aconsejable poner totalmente en común los recursos del campo no capitalista, el desarrollo completamente independiente de la economía de cada estado de los trabajadores como una unidad, origina efectos igualmente irracionales. En Europa del Este y Asia abundan pruebas de esta irracionalidad: El desarrollo paralelo de productos manufacturados (automóviles, por ejemplo) que permanecen muy por debajo del umbral de rentabilidad (por no mencionar las magnitudes óptimas), la obstinación de países como Alemania del Este en desarrollar una industria del acero para la cual no tiene ninguna de las materias primas requeridas. La continua expansión Polaca de la producción de carbón, lo que la está llevando directamente a un exceso de capacidad y sobreproducción crónica, por el sólo hecho de que el carbón esta considerado como una de las pocas riquezas nacionales de Polonia. La falta de coordinación entre la URSS y China para una común explotación de los recursos naturales del Asia Central a ambos lados de la frontera Chino-Soviética, y para el desarrollo (incluyendo la colonización) de regiones semidesérticas. La competencia en el mercado capitalista internacional de productos agrícolas y productos de la industria ligera de varios estados de los trabajadores (en ciertas áreas esta competencia se extiende incluso a los productos de la industria de bienes de equipo), etc., etc. No hace casi falta decir que la estrecha mentalidad nacionalista mostrada por las diversas burocracias en el poder en estos países, solamente pueden reforzar los obstáculos objetivos y subjetivos en el camino de la integración económica.

La solución más racional parece ser la que evite ambos extremos, esto es, la integración rápida y total del desarrollo nacional totalmente independiente. Debe promoverse un sistema de integración progresiva de las economías de los estados de los trabajadores que respete la planificación nacional mientras las naciones implicadas no estén autenticamente y honestamente convencidas de las ventajas de un sometimiento de la soberanía, pero que al mismo tiempo progrese hacia la necesaria unificación económica. Esta unificación debe perseguirse mediante la creación de una serie de instituciones e instrumentos comunes y a través de un esfuerzo deliberado por reducir las diferencias en los niveles de desarrollo que separan a los diferentes estados de los trabajadores.

En relación con las instituciones, la integración económica será facilitada, en primer lugar, por laceración de una moneda unificada (primero bilateral, después convertibilidad multilateral de las monedas). Y finalmente, la unión monetaria, la creación de entes comunes de planificación en sectores específicos, la formulación común de planes a largo plazo para zonas o regiones que abarcan dos o más estados, etc.

Lo que es esencial es que estos diferentes experimentos no sirvan objetivamente (ni se sienta subjetivamente que sirven) como medio de subordinación de los países pobres a los ricos, o para su explotación por estos últimos. De ahí que sea absolutamente indispensable un esfuerzo consciente para transferir recursos de los estados de los trabajadores más desarrollados a los menos desarrollados. Si ello se efectúa en grado tal que no trastorne las posibilidades de crecimiento de los estados mas desarrollados, ni un nivel de vida constantemente creciente para

sus pueblos, tal transferencia puede convertirse en la principal fuerza motivadora de la integración económica. Y sobre todo esta transferencia es necesaria desde el punto de vista moral y político (internacionalismo proletario) porque en última instancia es la única manera de compensar las ventajas que los estados mas avanzados consiguen de su comercio con los menos avanzados, ventajas que resultan del intercambio desigual inherente a las relaciones comerciales a precios de mercado, entre países de muy diferente productividad media del trabajo.

1. Cf. Por ejemplo este pasaje de la cuestión de la vivienda de Engels: “Especular a cerca de cómo una futura sociedad podría organizar la distribución de alimentos y vivienda conduce directamente a la utopía. Lo sumo que podemos hacer es manifestar, desde nuestra comprensión de las condiciones básicas de todos los modos de producción hasta ahora, que con la caída del modo de producción capitalista ciertas formas de apropiación que existían en la sociedad hasta ese momento se volverán imposibles. Aún las medidas de transición deberán, en todas partes, estar en consonancia con las relaciones existentes en el momento. En los países de pequeña propiedad de la tierra, tales medidas de transición serían muy diferentes de las de los países donde prevalece la gran propiedad de la tierra, etc.” (En Karl Marx y Frederick Engels, *Selected Works*, Publicaciones en Lenguas Extranjeras, Moscú 1950, I, p.572).

2. En uno de sus escritos sobre la comuna de Paris, vio claramente el peligro de burocratización de la sociedad del capitalismo al socialismo.

3. Cf. El famoso pasaje de la introducción a los Grundrisse donde Marx, hablando sobre el método de la economía política

4. Esta fórmula, debida a V. M. Smirnov, fue desarrollada por primera vez por Eugenii Preobrajenski en *La Nueva Economía*, Ariel, Espulgas de Llobregat, 1970.

5. Por ejemplo, la tesis sustentada (inspirada en Panekoek) por el Partido de los Trabajadores Comunistas de Alemania (KAPD) y por Bordiga, de que el capitalismo fue introducido en la URSS tras la Nueva Política Económica. Estos postulados no son más que vástagos directos de los mantenidos por los socialdemócratas hostiles a la revolución de octubre, en particular Otto Bauer (*Bolschewismus oder Sozialdemokratie*).

6. Tan pronto como en 1923, en *El Nuevo Curso*, Trotski abogaba insistentemente por una vuelta a la democracia soviética y la aceleración de la industrialización planificada.

7. Volveré más adelante sobre las catastróficas consecuencias ocasionadas por el retraso de la industrialización y la introducción de la colectivización progresiva en la agricultura, particularmente al hacer precipitarse a la facción de Stalin en una forzada colectivización total de la agricultura después de 1928.

8. Cf. Nikolai Bujarin, “*Ökonomik der Transformations periode*” y especialmente Otto Neurath, *Wesen un Wegder Socialisierung*, Munich, 1919.

9. En particular, el trabajo de Kautsky, *Das Erfurter Programm* (9ª ed. Diez Verlag, Stuttgart, 1908, págs. 158-59) escrito en 1892 y que formó a numerosas generaciones de marxistas, incluyendo a los marxistas rusos.

10. Es preciso recordar que según Marx “Solo los productos de trabajos privados independientes los unos de los otros pueden revestir, en sus relaciones mutuas, el carácter de mercancías”, *El Capital*, 2ª ed., Fondo de Cultura Económica, México, 1959, pág. 9.

11. Si, los productores son incapaces de efectuar decisiones independientes con relación al consumo, existe el peligro de que, en ausencia de una abundancia de valores de uso, su trabajo tienda a convertirse en trabajo forzado.

12. Esto, sin embargo, no es cierto para los servicios. Aquí, según los recursos que en la sociedad esté preparada a dedicar, la distribución puede efectuarse sobre la base de las necesidades de sanidad, educación, transporte urbano, electricidad, gas o vivienda.

13. Véase, por ejemplo, el artículo publicado en el semanario checoslovaco *Literarni Noviny* en verano de 1967, que relaciona el desarrollo reciente de la prostitución en aquel país con el hecho que la riqueza individual en el estándar utilizado para juzgar el valor de las personas en Checoslovaquia. Un individuo con un alto nivel de vida es un “lepsi” (un buen elemento). Uno con un bajo nivel de vida es un “necenny” (una persona sin valor). Véase también la extraordinaria respuesta de un juez soviético al poeta Brodski durante el juicio de este, “Cómo puede usted probar que no es un parásito si sólo gana 50 rublos al mes?”.

14. Ernest Mandel, *Traité d’Economie Marxista*, Juillard, París 1962, II capítulo 17.

15. Karl Marx y Friederich Engels, *Selected Correspondence*, Progress Publishers, Moscú, 1955, pág. 199.

16. No hay que olvidar incluir en el cálculo de los costos de la inversión proyectada la infraestructura y el trabajo de construcción de carreteras, los costes del transporte de las materias primas y productos acabados. Los perjuicios que causa al medio ambiente (consecuencias indirectas como polución del aire y del agua) y una estimación de los costes sociales en que se incurre por la transferencia de mano de obra, necesidad de construir viviendas, escuelas, centros de distribución, etc. En el sistema capitalista, la mayor parte de estos costes no son tomados en cuenta al calcular la “rentabilidad” de las

empresas individuales porque están socializados (el Estado se hace cargo de ellos), o también son pura y simplemente omitidos. La inclusión de estos elementos en el cálculo de una economía socializada aumenta convenientemente su racionalidad y carácter científico

17. Véase por ejemplo, Ulbricht, “Die Bedeutung des Werkes Das Capital von Kart Marx für die Schaffung des entwickelten gesellschaftlichen Systems des Sozialismus in der DDR und den Kampf gegen des statsmonopolistische Herrschaftssystem in Wetdeutschland”, en *Neues Deustland*, número 13, septiembre 1967.

18. Eugenii Preobrajenski, *La Nueva Economía*, op. Cit.

19. Trotski (*Revolution Betrayed*, Pioneer Publishers, Nueva Cork, 1945, pág. 67. Existe traducción española, *La revolución traicionada*, Era, México) habla incluso de la extrema extensión de la circulación de mercancías en la fase de transición del capitalismo al socialismo. El contexto indica, sin embargo, que el contemplo la extensión de esa producción de mercancías como surgiendo, esencialmente, de la desaparición del enorme sector de la economía natural que existía en el campo ruso (aquellos sectores que producían para consumir in situ). Su formulación debe entenderse en este sentido: “Todos los bienes y servicios empiezan, **por primera vez en la historia**, a ser intercambiados unos por otros” (Ibíd., subrayado añadido). Esto, obviamente, no es aplicable a países más adelantados que la Rusia de 1917 donde la economía natural y la agricultura de subsistencia han desaparecido en gran medida bajo el capitalismo. Tampoco es aplicable a la URSS actual, la segunda potencia industrial del mundo, donde, sin duda alguna, existen las condiciones materiales para el inicio de la desaparición de las categorías de mercado.

20. Por ejemplo, pueden trazarse curvas de reestructuración proyectadas de gastos caseros considerando diferentes grupos de bienes y servicios para diferentes categorías de renta, con la condición de que no existieran distorsiones o saltos bruscos de precios, y dependiendo de que estas curvas cubran un número ya suficiente de años durante los cuales una estructura dada de gastos empezó a cambiar.

21. Véase, a este respecto, especialmente el trabajo de Jano Kornai, *Overcentralization in Economic Administration*, el artículo de David Gullick “*Initiative and independence of Soviet Plant Managers*”, en la *American Slavic and Eastern European Review*, octubre 1952; y el artículo de Joseph S. Berliner “*The Informal Organization of Soviet Firm*”, en *The Quarterly Journal of Economics*, agosto 1952, etc., etc.

22. *Traité d’Economie Marxiste*, II, págs.240-273. Véase también mi artículo « La reforme de la Planification Soviétique et ses implications » en *Les Temps Modernes*, junio de 1965.

23. La experiencia yugoslava ha confirmado el carácter utópico y apologético de la visión, según la cual, la autogestión a nivel de empresa desproletariza a los trabajadores. Dado que la economía de mercado comporta el riesgo de reaparición del paro, así como la penalización a los trabajadores de ciertas empresas por decisiones equivocadas (sobreinversión, etc.) efectuadas en otras empresas, están lejos de haberse convertido en los dueños de su destino.

24. Esto debe asegurarse fijando una renta máxima para la mayoría de los miembros de este congreso para prevenir el que los consejos de los trabajadores sean esencialmente representados por burócratas.

25. Véase a este respecto las cifras que se citan en mi *Traité d’Economie Marxiste*, II, págs. 213-216 y 303-309.

26. Esto ha producido en Polonia en años recientes el famoso ciclo del cerdo y el caballo. Los recursos que los campesinos obtienen a través de la mayor venta de jamón se invierten en elevar la producción de grano, utilizando para alimentar un número adicional de caballos en las granjas privadas, lo que hace posible expandir la cría de cerdos.

27. Cf. Engels, *Anti-Dühring*, Ciencia Nueva, Madrid, 1968.

28. Véase Las Tareas Inmediatas del Poder Soviético de Lenin: “Es indiscutible que los altos sueldos ejercen una influencia corruptora, tanto sobre el poder soviético...como sobre la masa obrera” (pág. 688 del tomo II de las *Obras Escogidas*, Ed. Progreso, Moscú, sin fecha).

29. Algunas de las formulaciones de Lenin eran claramente ambiguas. Véase especialmente *Las Tareas Inmediatas del Poder Soviético*, en la pág. 709, 2º tomo, op. Cit.: “Cuanto mayor sea la decisión con que debemos defender hoy la necesidad de un poder firme e implacable, de la dictadura unipersonal para **determinados procesos de trabajo**, en determinados momentos del ejercicio de las funciones **puramente ejecutivas**, tanto más variadas habrán de ser las formas y los métodos de control desde abajo, a fin de paralizar toda sombra de posible deformación del Poder Soviético, a fin de arrancar repetida e infatigablemente la mala hierba burocrática”. Véase también la explicación sobre la dictadura unipersonal en la pág. 703.

30. Cf. el debate de Engels con los anarquistas (*On Authority*, 1872), en el cual afirma la necesidad de la autoridad centralizada en las empresas, pero aclara que esta autoridad debe emanar de delegados elegidos o de las decisiones de la asamblea mediante voto mayoritario. (Karl Marx y Friedrich Engels: *Selected Works*, in Two Volumes, Moscú, 1950, I págs. 575-78).

31. Examiné esta cuestión con detalle en mi libro *La Formation de la Pensée Economique de Karl Marx*, París, Maspero, 1967, págs. 195-98.

32. Friedrich Engels, *The Peasant Question in France and Germany*, en Karl Marx / Frederick Engels, *Selected Works in Two Volumes*, II, pág. 433.

33. Lenin resaltó correctamente que la pequeña producción de mercancías tiende constantemente a reproducir el capitalismo.

34. Esto ha ocurrido ya en Yugoslavia donde el sector colectivo de la agricultura, detentando sólo el 15% de la tierra produce más de un tercio del producto agrícola total. En general, la política agrícola llevada a cabo en Yugoslavia desde mediados de los años cincuenta puede considerarse correcta (véase E. Kardelj: *Les Problemes de la Politique Socialiste dans les Campagnes*, La nef, París, 1960).

35. Moshe Lewin (*La Paysannerie et le Regime Soviétique 1928-1930*, París Mouton, 1966) señala que la construcción de una fábrica de tractores en Tsarytsyn ya fue decidida en 1924, pero no se llevó a la práctica hasta 1929. Por tanto, en el 1928-29, el 70% de los koljoses antiguos y nuevos no tenían tractores.

36. De 1930 a 1955 la producción agrícola per cápita (excepto para cultivos industriales) permaneció en la URSS por debajo de la Rusia zarista de 1916. En producción animal, el nivel de 1913, o el de 1928, no había sido alcanzado ni en 1960, excepto para porcino.

37. Véase el *Discurso de Ernesto Che Guevara al Seminario Económico Afro-Asiático en Argel*, en Che Guevara Speaks, Merit Publishers, Nueva York, 1967, págs. 106-117.

38. Véase, sin embargo, Eugénii Preobrajenski: *La Nueva Economía*, que prevé la creación de un sistema de asistencia mutua a establecer en los países donde el proletariado haya triunfado.

39. Esto fue expuesto a su tiempo por los líderes comunistas yugoslavos (véase Melentije Popovic: *Des Rapports Economiques Entre Etats Socialistes*, Le Livre Yugoslave, París 1949), Recientemente, los comunistas chinos expusieron hebreo de que en el comercio entre la URSS y Mongolia exterior, un neumático soviético es cambiado por 40 ovejas de Mongolia, un metro de paño de lana soviético por 50 kilogramos de lana de Mongolia, etc., etc. (Renmin, 13 de septiembre de 1967).